













































en las que yo aportaba la pifia o la inoportunidad y ella la cólera: Pelo Cohete era capaz de enfados monumentales, cósmicos, en los que me convertía en pararrayos de una tormenta tan llena de ruido y furia que los observadores externos quedaban convencidos de que a partir de entonces no sólo no volveríamos a vernos, sino que además seríamos enemigos irreconciliables por siempre jamás. Pero esa pirotecnia de hostilidades nunca llegó a durar ni siquiera veinticuatro horas. Eso sí, el zarandeo solía dejarnos molidos a ambos, por lo menos desde luego a mí. Y es que con Pelo Cohete todo era siempre perfecto o imposible, la total compenetración o la absoluta incompatibilidad. Pero nunca nos llamamos realmente a engaño: por mucho que ella se hartara de mí (casi siempre con buenos motivos), por mucho que yo enloqueciera ante la letal posibilidad de perderla, creo que nunca dejamos de saber que éramos cada uno el destino del otro. De cerca o de lejos, siempre éramos conscientes de nuestro vínculo, del lazo de fuego que nos hacía existir en la calma y en la borrasca. A veces, cuando más nos amenazaba el torbellino del mundo (¡y mira que nos tocaron esos malos tiempos en los que vivir que Borges reconocía obligatorios para todos los humanos que fueron, son y serán!), ella decía, entre guasona y pensativa: «Mientras nos tengamos el uno al otro...». Ya está, ya no la tengo, ya soy la rueda que gira loca en el vacío tras la rotura de su eje. Nunca me atreví a imaginar siquiera qué habría detrás de ese «mientras» del que he sido desterrado para siempre.